

# Antonio Machado: las voces traicionadas (1)

Juan Antonio Masoliver Ródenas

Cuando hablo de voces me estoy refiriendo, por supuesto, a las de Machado. Pero, ¿cómo puedo hablar de voces, en plural, cuando el propio poeta ha escrito en su «Retrato»: «A distinguir me paro las voces de los ecos, y escucho, solamente, entre las voces, una»? Por otro lado, cómo puede hablarse de traición a uno de nuestros poetas más venerados? ¿Quiénes son estos supuestos traidores?

Si nuestra poesía, en crisis desde los siglos de oro, inicia su modernidad con Gustavo Adolfo Bécquer, Antonio Machado, Miguel de Unamuno y Juan Ramón Jiménez son los tres grandes poetas del siglo XX, el punto de partida de lo que será nuestra poesía a lo largo de todo el siglo. Hay que añadir, naturalmente, la del nicaragüense Rubén Darío. A estos poetas encasillados en el modernismo o en la generación del 98 se sucederán los del 27, con figuras, a un lado y otro del Atlántico, que marcan una nueva etapa de esplendor y una línea de desarrollo. con voces tan diversas, unidas por el rigor del lenguaje poético, como García Lorca, Jorge Guillén, Vicente Aleixandre y Luis Cernuda y los latinoamericanos César Vallejo, Pablo Neruda y, algo más tarde, Octavio Paz.

Tal vez el testimonio más exacto que nos ofrece la generación del 27 sobre Machado es el de Luis Cernuda en sus *Estudios sobre poesía española*, publicados en 1957. Para Cernuda, los mejores poemas de Machado fueron tempranos y están en las *Soledades*. «Cosa curiosa: Machado nace formado enteramente, y el paso del tiempo nada le añadirá, antes le quitará». Por eso cree que en *Nuevas canciones*, de 1925, no añade nada nuevo a lo que ya había publicado y que lo que escribe después, «sea por influencia nociva de lo «popular», sea por agotamiento de sus facultades líricas, los poemas que ahora escribe son de valor poético inferior. El poeta se había acabado antes que el escritor».

Una idea que parece no compartir José Ángel Valente, uno de los poetas más hondos y complejos de la generación del 50 y el que mejor ha escrito sobre nuestra poesía moderna. Para Valente, entre los falsos Machados o «falsos apócrifos», como los llama él (pare oponerlos a los verdaderos, Juan de Mairena, Abel Martín o el propio Machado) «hay, por ejemplo, el Machado de la supuesta esterilización creadora a partir de la estancia en

Baeza –[es decir, aclaro yo, a partir de 1912 y tras la publicación, ese mismo año, de *Campos de Castilla*]–, que es invención de profesores capaces de creer que la poesía se reduce a ciertas formas ya catalogadas (...) Machado fue hacia formas no agotadas de creación, muy ajenas por cierto a las senectas y serializadas del poeta vestido, en el mejor de los casos, de harapos de sí mismo».

Valente se refiere luego a lo que sí ya puede considerarse como una denuncia de la falsificación o traición, e identifica a dos grupos principales. Uno, «puesto en circulación previo despojo de sus contenidos éticos o ético-políticos, de sus fidelidades más simples y más hondas» El otro es el «convertido en pancarta y propaganda, en campo de batalla». Dos actitudes, nos dice, que reflejan, a nivel peninsular, la tensión de los años de la Europa sangrienta donde, subrayo yo, «a la *estetización* de lo político característica del fascismo se responde desde la ideología opuesta, en el momento en que el estalinismo empuja a ésta a formas aberrantes con la *politización* del arte».

Terminada la guerra civil, la muerte de poetas como García Lorca, Miguel Hernández o el propio Machado, el exilio de casi todos los poetas de la generación del 27, la censura, la represión y la depresión llevan, a partir de la generación del 36, a tres direcciones poéticas dominantes: la formalista, representada por los llamados *garcilasistas*, la angustiada, muy influida por Unamuno, y la paisajista, representada por poetas como Luis Felipe Vivanco, Dionisio Ridruejo, Luis Rosales y, muy especialmente, Leopoldo Panero. El paisaje esencial de Machado se convierte en paisaje espiritual o, mejor dicho, religioso, de una religiosidad adaptada a las exigencias de la España oficial, aunque esta espiritualidad en realidad la comparten las tres direcciones. Por lo que se refiere a la poesía social, pese al claro rechazo, en Machado, de la identificación entre arte y política, se convierte en el poeta del compromiso, defendido tanto en 1965 por Leopoldo de Luis en su antología *Poesía social* como por José María Castellet en *Veinte años de poesía española*, que le sirve de plataforma, ya en 1960, para promocionar a los poetas de la generación del cincuenta y, más en concreto, a la llamada Escuela de Barcelona. Ambos tergiversan de forma descarada dos conceptos central es en la estética machadiana: el sentido *temporal* y el contenido *humano* de la lírica.

De la dirección esteticista y de espiritualidad religiosa hay un curioso, por inencontrable, testimonio, *Albores del espíritu*, publicado en Tomelloso en 1949, con textos, entre otros, de Enrique Azcoaga, Salvador Pérez Valiente, José García Nieto, Fernando Fernán-Gómez y José María Alonso Gamo. De la dirección ética y comprometida, *Versos para Antonio Machado*, publicado por el Ruedo Ibérico en 1962, con poemas de José Manuel

Caballero Bonald, Gabriel Celaya, Gloria Fuertes, Ramón de Garciasol, Leopoldo de Luis, y los poetas de la generación del 50, a los que sólo de una forma muy peculiar se les puede llamar sociales, como Jaime Gil de Biedma, Claudio Rodríguez, José Ángel Valente, Ángel González o José Agustín Goytisolo. Veremos más tarde, al hablar de las voces machadianas, el verdadero sentido del paisaje, la espiritualidad, la temporalidad y la humanización de la poesía, que nada tienen que ver con esteticismo, religiosidad o compromiso político y sí con principios básicos como el de la pureza, el de la poesía como «cosa cordial», el de «la palabra en el tiempo» y el de la metafísica.

De cualquier manera, esta es la imagen que ha quedado de Machado. Durante años los franquistas se reunían en Soria para rendirle homenaje, mientras los antifranquistas lo hacían en Colliure, donde murió el poeta. Ambos grupos contribuyeron asimismo a la santificación de la persona, de nuevo tergiversando el significado que para el poeta tienen palabras claves en su poesía como bondad y ética. Y hasta tal punto se llevó esta santificación, que durante años se calló el nombre de la persona real que se ocultaba tras el hermoso nombre poético de Guiomar y se ocultó asimismo su onanismo defendido explícitamente por Abel Martín. Machado fue presentado siempre como el desconsolado viudo de Leonor. Se han omitido, mitigado o tergiversado asimismo otros datos de su biografía, como la estrecha relación con su hermano Manuel Machado, brillantísimo poeta de nefastos poemas dedicados a Franco y a José Antonio, o la amistad de los Machado con los Primo de Rivera, el dictador y el fundador de la Falange.

La generación del 50 surgió como una generación de poetas sociales y nunca abandonaron su preocupación por las dos Españas, tema central de *Campos de Castilla*. Pero detectaron aspectos mucho más hondos de su obra, como su identificación con el simbolismo y, en consecuencia, con la poesía europea. Todos reconocieron su deuda, ahora no como una tergiversación ni como una influencia directa, sino como un acercamiento genuino a un poeta que, en palabras de Cernuda, escritas en 1953, «influyó de un modo no por difuso menos cierto sobre las generaciones siguientes».

Entre estas generaciones no se puede incluir a los *novísimos*, surgidos en las postrimerías del franquismo, quienes dan la espalda a todo lo español (con la excepción de Aleixandre, Cernuda, Valente o Gil de Biedma), para buscar y hasta inventar una nueva tradición. Definidos como grupo, el tiempo los ha ido deslindando: ni Pedro Gimferrer, ni Guillermo Carnero, ni Juan Luis Panero ni el más joven Andrés Sánchez Robayna, por citar a los poetas más interesantes, parecen responder a ninguna estética machadiana. Parecería que su voz se recupera con los llamados poetas de la experiencia, cuya figura más representativa es Luis García Montero, con su

regreso al ideal machadiano expresado por su heterónimo Abel Martín de unas rimas «tan sencillas en apariencia, y tan claras». Pero el intimismo, el sentimentalismo, y el prosaísmo no rozan más que la superficie de la poesía machadiana, una superficie que, en Machado, la ironía y la meditación alteran radicalmente para dar su dimensión más honda, allí donde no hay la mínima posibilidad de costumbrismo ni de fáciles anzuelos lanzados a un público ajeno a la verdadera poesía. Una tarea parecida a la que hicieron los imitadores de García Lorca o de Bécquer. El oportunismo es también una forma de traición.

Las voces traicionadas han acabado por tomarse como las verdaderas voces y a ello han contribuido tanto los críticos académicos como los poetas convertidos en críticos. En efecto, hay un exceso de obra crítica condicionada por actitudes ideológicas (las mismas que han dividido a una sociedad a lo largo del siglo) y una ausencia de obra ensayística escrita, como la de Cernuda o la de Valente, desde la libertad y desde un genuino acercamiento al poeta. Esta imagen estereotipada y petrificada de Machado exige, pues, una revisión radical.

La visión de la poesía de Machado se ha visto enturbiada por la polémica entre modernismo y 98, entre esteticismo y compromiso, entre republicanismo y nacionalismo. Y esta polémica, en lugar de ser fructífera, ha creado los malentendidos. La misma figura humana de Machado se ha estudiado bajo esta luz y ha condicionado la lectura de su obra. La primera tarea de revisión sería pues estudiar la verdadera relación de Machado con Andalucía, es decir, con dos Andalucías, la que abandonó a los ocho años para ir a estudiar a Madrid y la que recupera cuando va a Baeza. Esto nos ayudaría a confirmar una intuición: que Andalucía no forma solamente el sustrato elegíaco, sino una concepción cultural que se opone o complementa con la castellana. Ambas, Andalucía, la del Guadalquivir y la de Baeza y Castilla, especialmente la del Duero y Soria, centros absolutos de su geografía física, moral y espiritual, nos permitiría ver, asimismo, la relación entre la canción, entroncada con la lírica tradicional pero también con el canto andaluz, y el romance de tradición castellana.

Se ha estudiado más a fondo el impacto en Machado de la Institución de Libre Enseñanza y su admiración por Francisco Giner de los Ríos, pero con frecuencia se ha confundido con su noventayochismo, limitado a unos cuantos aspectos: el interés por Castilla, la exaltación de un pasado heroico frente a las ruinas del presente o el tema de las dos Españas, aspectos todos ellos anteriores al noventa y ocho. La frecuente referencia a Ultramar o al indiano poco tienen que ver con la crisis nacional que representa la pérdida, en 1898, de Cuba y Filipinas. Y ha habido una marcada tendencia a confundir la integridad moral de la persona con la raíz ética y el concepto